

Elogio a la madrastra

Por Carlos Alberto Segúin

Debo, ante todo, disculparme ante el lector interesado, por la demora de este comentario. Dos cosas lo han atrasado: la imposibilidad de conseguir la obra, cuyas ediciones circulaban en otros países, y, cuando llegó a Lima, el precio.

Dejemos esas minucias y vamos a la obra misma. Vargas Llosa nos sorprende siempre. Sus temas varían y, con ello, su estilo mismo. Esta vez se trata de una novela muy especial, que incursiona en un campo hasta hora no explorado por el escritor.

■ EL TEMA

Resumámoslo: Don Rigoberto está casado en segundas nupcias, luego de la muerte de su primera esposa, de la que tenía un hijo, Alfonso, con Lucrecia. Acaso debamos detenernos en este punto. No dice, en ningún sitio de la novela, cuántos años tenía Alfonso. En la contratapa se afirma (sin decir por quién) que tiene doce años, pero ello es contradictorio en todo el libro. Alfonso es descrito en la página 46 como "con carita de niño Jesús". En la página 17 se habla de sus "huesecillos frágiles"; en la 19 se le moteja de "chiquitín" y en las 151, 167 y 170 se lo califica como "niñito". Lucrecia le dice a Rigoberto (página 53) "Si es todavía tan pequeñito, si acaba de hacer su primera comunión". En la página 54 "a doña Lucrecia le parecía imposible que la cabeza rubicunda de aquel primor, que posaba de pastorcillo en los Nacimientos del Colegio Santa María, pudiera albergar pensamientos sucios, escabrosos". Y en la 142: "Así deberían ser los dioses griegos, pensó, los amorcillos de los cuadros, los pajes de las princesas, los geniecillos de las Mil y una noches, los spintria del libro de Suetonio". Parece, pues, por todo esto, que Alfonso era mucho menor.

De acuerdo con la trama, Alfonso provoca y, en realidad, seduce, a Lucrecia, que llega a tener con él, no solamente juguetos sexuales, sino a conducirlo hasta el coito.

Don Rigoberto descubre todo esto, a través del mismo Alfonso, y expulsa a Lucrecia de su casa.

■ LOS PERSONAJES

Indudablemente, el principal es Alfonso. El autor ha tratado de sembrar en el lector la duda acerca de la verdadera psicología del niño. En todo momento hace énfasis en la aparente inocencia de sus actitudes, pero, al mismo tiempo, acentúa su sexualidad que, algunas veces, parece consciente y astutamente deliberada.

Don Rigoberto, por su parte, es un sensual, alguien que ha conseguido centrar el placer en su cuerpo, a pesar de sus atisbos intelectuales. Lucrecia es un animalito sexual, que sigue sus impulsos casi sin pensar. Justiniana, la sirvienta, no está suficientemente caracterizada aunque, en el capítulo quinto, se sugiera, inútilmente, su relación homosexual con su ama.

■ ¿NOVELA EROTICA?

El libro ha sido calificado como novela erótica. Creo que vale la pena estudiarla en ese aspecto. Erótico viene de Eros y Eros encarnaba, en el panteón griego, al amor. El acento parece haber sido puesto en el amor sexual.

Nos hallamos aquí con algo importante: la relación del erotismo con la pornografía, de lo que se ha hablado mucho y sobre lo que creo indispensable hacer algunas aportaciones pertinentes.

Ante todo, sabemos que pornografía proviene de dos palabras griegas: **porne**, prostituta, y **grapho**, escribir. Nuestro Diccionario Académico la define como: "Tratado acerca de la prostitución" y añade: "Carácter obsceno de obras literarias o artísticas. 3/Obra literaria o artística con ese carácter" con lo que nos refiere a la obscenidad como calificativo. Define obsceno como "Impúdico, torpe, ofensivo al pudor". En realidad la palabra parece venir de **ob**, relativo a, y **caenum**, suciedad, corrupción, impureza.

Como siempre, la definición académica nos conduce a dudas serias: ¿Cómo puede una obra ser artística y obscena al mismo tiempo, cuando hallamos que artístico sería: "Perteneciente o relativo a las artes, especialmente a las que se denominan bellas"? Hay, por otra parte, obras pornográficas que no son obscenas.

Hay quienes opinan que obsceno deriva, más bien, de **ob**, fuera de, y **scena**, lo que no puede mostrarse. ¿Cómo podríamos, pues, diferenciar lo pornográfico de lo erótico en una manifestación artística? Para mí lo que califica sería lo que está en su origen: **porne**, que se refiere directamente a la comercialización del sexo. Lo que consideramos pornográfico tiene como propósito la excitación sexual y los pornógrafos se dedican a ofrecer al público adecuado aquello que puedan venderle. Sería, pues, una forma de prostituir el arte. Creo, por ello que sería erótico todo lo sexual que, cualquiera que fuere su naturaleza, es indispensable para la consecución de los fines artísticos del autor. Sería pornográfico aquello que se encuentra como añadido, aquello cuya eliminación no modificaría fundamentalmente la esencia de la obra.

Se trata de un criterio práctico que pocas veces falla. Un autor pornográfico "adorna" su obra con escenas o detalles que podrían ser suprimidos sin alterar el fondo.

La obra que comentamos sería, sí, erótica, de un erotismo intenso y bello, pero tiene partes que entrarían en las limitaciones establecidas.

Considero así los capítulos 2; "Candaules, rey de Libia", 5: "Diana después de su baño" y los 7: "Venus con amor y música" y 12: "Laberinto de amor, así como el 14; "El joven



rosado". ¿Cree el lector que son indispensables? ¿Modificaría su eliminación el fondo de la novela? Es claro que, aislados, son bellos, como son bellos los cuadros que los ilustran, pero, decididamente su omisión no cambiaría fundamentalmente la obra.

Creo que debemos proseguir el análisis. Los detalles de la exposición de Vargas Llosa van más allá de lo sexual. Creo que deben calificarse justamente de sensuales. Recordemos nuevamente a nuestro Diccionario y hallamos en él definido sensual como: "Perteneciente a las sensaciones de los sentidos. 2/ Aplíquese a los gustos y deleites de los sentidos, a las cosas que los incitan o satisfacen y a las personas aficionadas a ellas. 3/ Pertenecientes al apetito carnal". Prescindamos de todas las aberraciones que esto contiene (¿sensaciones de los sentidos? ¿Algo que deleita o gusta a los sentidos?) y tratemos de comprender el significado. Veremos que la de Vargas Llosa es, ciertamente, una obra sensual. Es el estímulo exagerado de los sentidos lo que la caracteriza, especialmente en la prolija descripción de los ritos de don Rigoberto. Los capítulos 3, 6 y 10 no son sino una detallada descripción de los rituales de un hombre que rinde incondicional culto a los sentidos. Quizás vale la pena hacer notar aquí que el novelista insiste, a veces sin razón, en "los cinco sentidos" (páginas 81, 89, 98). Hay, indudablemente, una delectación del personaje y el autor en el detalle del manipuleo sensorial.

He hablado de ritual y ello nos lleva a pensar en actividades que, en cierta forma, se conectan con la religión. "El cuarto de baño era su templo (página 132); el lavador el ara de los sacrificios; él era el sumo sacerdote y estaba celebrando la misa

que cada noche lo purificaba y redimía de la vida..." Las religiones y la patología psicológica (neurosis obsesivo-compulsiva) giran alrededor de rituales. No entraré en consideraciones especializadas, pero debo recordar que las doctrinas psicoanalíticas han relacionado estrechamente ambas.

Otra característica de la novela, que debe llamar la atención del lector es el afán de relacionar lo anormal, diría monstruoso, con lo sexual. El capítulo 9 es un ejemplo claramente demostrativo. Quiero destacar una frase interesante: El monstruo dice (página 123)"...tengo orgasmos prolongados y repetidos que me dan la sensación de ser aéreo y radiante, como el arcángel Gabriel" Algo parecido podrá verse en el capítulo 12.

■ LA NOVELA Y EL PSICOANÁLISIS

No podemos prescindir ahora de considerar las doctrinas psicoanalíticas. No es posible, por supuesto, entrar en detalles, pero algo ilustrativo diremos.

El psicoanálisis ha estudiado, como centro de la formación de la personalidad el famoso complejo de Edipo. Sabemos que Freud tomó el nombre de la obra de Sófocles "Edipo, rey" en la que muestra la tragedia ocurrida a Edipo. El deseo de poseer a la madre es el eje del complejo que se presentaría en todos los niños en una de las fases del desarrollo de la libido infantil y llevaría a una serie de complicaciones, que no vamos a describir. El complejo mismo ha ocupado a infinidad de autores desde todos los puntos de vista. Quiero citar solamente la leyenda griega que nos cuenta de Antíoco, enamorado de su madrastra, Stratónica y que enferma por la represión de ese amor, enfermedad curada por el médico Erasistrato, descubriendo a Seleuco, su padre, el secreto. Seleuco casó a Antíoco con Stratónica. Me he referido en otra oportunidad al tema, ilustrado por Ingres en un cuadro famoso.

En el caso de la novela se presenta el complejo mucho menos disimulado. Notemos que en ambos no es la figura de la madre, sino la de la madrastra la que figura. Ello nos lleva al concepto de la represión. Se trataría de la tendencia que conduce a suprimir de la conciencia cualquier idea o sentimiento que choca demasiado con nuestro Super-Yo, nuestra conciencia moral. En este caso ha llevado a transformar la madre en madrastra. Podemos ver cómo el autor ha sucumbido a ella claramente. Ante todo, hace que Alfonso se dirija siempre a Lucrecia como "madrastra", lo que obviamente, no es común. Los hijastros pequeños la llaman madre o, luego, por su propio nombre. Todo ello se afirma si recordamos una frase de Alfonso: (página 91) Ante un reproche de Justiniana:

(Pasa a la página 16)

Elogio a...

(Viene de la página 13)

"Se encogió de hombros y no vaciló lo más mínimo al añadir: ¿por qué me daría pena? Si hubiera sido mi mamá me habría dado. ¿Acaso lo era?"

El psicoanálisis nos muestra también cómo el impulso sexual puede desviarse hacia lo sensual y hacia lo religioso. En este caso, ello es patente.

Como psicólogo, me hubiera, por supuesto, gustado saber algo de los antecedentes de los personajes:

¿Cómo fue la madre de Alfonso? ¿Cómo lo crió?, etc. y conocer una descripción de lo que ocurrió después con Lucrecia, Don Rigoberto y el mismo Alfonso.

■ EL LENGUAJE

Como siempre, Vargas Llosa nos ofrece verdaderas joyas literarias. Algunos párrafos de su novela son ejemplares. Pero, al lado de ellos, encontramos las consabidas y creativas "licencias" sintácticas y otros detalles, a veces incomprensibles e imperdonables, como "en mi delante" (págs. 29 y 185), que se repite en todas sus obras y algunas inconsecuencias como recordarse, usando el

verbo, que es intransitivo, como sustituto de despertar (págs. 16 y 75) **acariñar** por acariciar, desaparecer, que es transitivo (págs. 86); **poliza** sin justificación posible, **nigromancia** (72) torciendo su significado, **prensiles aromas** (pág. 132); **brisas seminales** (pág. 130); gatos **fornicando** (pág. 193); **agapes sensuales** (pág. 103) **sonidos líquidos y sólidos** (pág. 45); **se puso de pié** (pág. 171), etc. Acentúa **morbidezza** (pág. 104) que significa en italiano blandura y que viene del latín **morbidus**, enfermedad, del sánscrito **mar**, morir y que a él le "suena lasciva".

Termino con una duda que los gramáticos podrían disipar: ¿No debería haberse dicho "Elogio a la madras-

tra" en lugar de "Elogio de la madrastra? En el primer caso se usa la preposición **a**, que indicaría destino: se elogia a alguien; en el segundo caso **de** parece más bien (pues **de** "manifiesta de dónde son, provienen o salen las cosas o las personas") indicar que el elogio se origina en la madrastra.

■ UNA GRAN NOVELA

Nos hallamos ante una obra excepcional. Los detalles que hemos señalado no alteran, de ninguna manera, la excelencia de la novela, su impacto y su importancia. Es una muestra más del talento y la creatividad de nuestro novelista.